



2016

ANNUAL MEETINGS

International Monetary Fund
World Bank Group
Washington, D.C.

7 de octubre de 2016

Palabras de apertura del Presidente de las Juntas de Gobernadores,
Excmo. Sr. **MAURICIO CÁRDENAS**,
Gobernador del FMI y el Grupo Banco Mundial por **COLOMBIA**,
en las deliberaciones anuales conjuntas

**Palabras de apertura del Presidente de las Juntas de Gobernadores,
Excmo. Sr. Mauricio Cárdenas,
Gobernador por Colombia**

Estimados Gobernadores, Madame Lagarde, Presidente Kim. Bienvenidos a las Reuniones Anuales de 2016 del FMI y el Banco Mundial, y a la Septuagésima Sesión Plenaria de la Junta de Gobernadores. Demos juntos las gracias a Madame Lagarde y al Presidente Kim por su extraordinaria dedicación y liderazgo, y más concretamente por sus esfuerzos por preservar y promover la cooperación económica mundial en un entorno lleno de desafíos.

Es para mí un gran honor presidir este evento en representación de mi país. En los últimos años, Colombia ha registrado una notable aceleración del desarrollo gracias a una gestión macroeconómica responsable, el fortalecimiento de las instituciones e intervenciones sociales efectivas. Nuestra economía ha ido creciendo de forma constante y nuestros indicadores han mejorado sistemáticamente.

Aun así, seguimos pagando un alto costo humano y económico por los 52 años de conflicto armado con las FARC. El Presidente Santos está decidido a poner fin a dicho conflicto para poder iniciar una nueva etapa de nuestra historia. El Comité Noruego del Nobel ha decidido hoy concederle el Premio Nobel de la Paz de 2016. En palabras del propio Comité: “El galardón debe considerarse también un homenaje al pueblo colombiano que, a pesar de las enormes dificultades y abusos sufridos, no ha perdido la esperanza de una paz justa, y a todas las partes que han contribuido al proceso de paz. En particular, rinde homenaje a los representantes de las innumerables víctimas de la guerra civil”.

La paz no solo permitirá salvar vidas. El conflicto agrava la pobreza a través de varios canales: reduce la productividad porque destruye infraestructuras; rebaja la inversión porque debilita la confianza; ofrece menos oportunidades educativas a nuestros jóvenes, y genera un aumento del desempleo.

Calculamos que la paz, de por sí, acelerará el crecimiento económico potencial al menos un punto porcentual anual. No obstante, en las zonas rurales donde el conflicto se ha vivido con mayor intensidad, los beneficios serán considerablemente mayores.

Se ha alcanzado un acuerdo de paz, que prevé la desmovilización y reinserción de los rebeldes de las FARC; hará justicia y reparará a las víctimas, incluidos los más de 6 millones de desplazados de sus hogares. Asimismo, promueve una democracia más abierta.

Sin embargo, en el plebiscito celebrado el domingo pasado, los colombianos rechazaron el acuerdo por un estrecho margen. El miedo y la incertidumbre han derrotado temporalmente a la esperanza y las oportunidades.

Todo ello son manifestaciones de una tendencia mundial más amplia: el temor a trabajar con desconocidos, la percepción de que la integración no ha funcionado y no funcionará —por lo menos no para todos— y una profunda desconfianza en la capacidad del sistema político de abordar dichas cuestiones.

Ante millones de personas viviendo en la pobreza y sintiendo los efectos de la desigualdad del ingreso y el desempleo, muchos se convencieron de que los costos pesaban más que los beneficios, y de que era mejor dar marcha atrás.

Estas tensiones, y la actitud de los votantes, recuerdan las que se viven hoy en día en las economías avanzadas. Se trate de la inmigración en masa, de las crisis de refugiados o simplemente de un aumento de la competencia debido a la globalización, los ciudadanos desean “recuperar el control”. En muchas economías avanzadas, esto se traduce en la decisión de adoptar un control de fronteras más estricto, de renunciar a la integración y de introducir medidas proteccionistas.

En cierto modo, es un fracaso en términos de liderazgo. En vez de propugnar una estrategia de progreso empírica y defender las decisiones difíciles, muchos han optado por la vía fácil de jugar con los miedos de la gente y abogar por políticas de aislamiento.

Levantar murallas alrededor de los problemas es quizá una respuesta sencilla, pero no es una solución real.

Por tanto, ¿qué debemos hacer? ¿Cómo podemos ejercer un liderazgo efectivo en un mundo marcado por la desconfianza?

Nuestra máxima prioridad es combatir enérgicamente la reacción contra los mercados abiertos. El comercio internacional es la savia de la economía mundial. Impulsa la especialización y la innovación en las empresas. Si detenemos este proceso —aunque sea temporalmente—, limitaremos el crecimiento futuro de la productividad, especialmente en los países emergentes y en desarrollo, donde se cosecharán más beneficios.

Una posibilidad para eludir dicha reacción en contra es promover la integración regional, como hemos hecho en Colombia con la creación de la Alianza del Pacífico, junto a Chile, México y Perú. Esta profunda integración económica brinda más oportunidades a las empresas y crea más puestos de trabajo para nuestros ciudadanos.

También podemos desarrollar y aplicar políticas orientadas al crecimiento a nivel nacional. Por ejemplo, gracias a un modelo innovador de asociaciones público-privadas, el sector privado invierte actualmente USD 15.000 millones de dólares en carreteras, en el programa de infraestructuras más ambicioso de nuestra historia y uno de los de mayor envergadura en el mundo emergente a día de hoy. Este programa mejorará la competitividad al reducir significativamente los costos de transporte. También incrementará el crecimiento de la productividad a largo plazo.

Pero las medidas a nivel de país deben complementarse con un multilateralismo activo, es decir, con la coordinación y la cooperación económica mundial. Las oportunidades de la mayoría de nuestros países dependen en gran medida de las perspectivas mundiales. Por ello, el FMI y el Banco Mundial resultan indispensables. Si no fomentamos y mantenemos un marco de

cooperación, corremos el peligro de revertir los beneficios que nos han reportado los mercados abiertos y dinámicos.

Estas instituciones deberían seguir ayudando a las autoridades económicas a través del asesoramiento, el desarrollo de capacidades institucionales y los préstamos a países necesitados.

Un ejemplo de ello es la necesidad de contar con una mejor red de seguridad financiera mundial, a través de la renovación y ampliación de los servicios de préstamo del FMI. Reforzar la posición financiera del Grupo Banco Mundial para poder responder mejor a las dificultades es un primer paso. El Banco debería seguir centrado en las necesidades de los más pobres y vulnerables.

No obstante, esto no resultará eficaz si no se refuerza adecuadamente la estructura de gobierno. El Banco y el FMI deben organizarse de forma más justa y democrática.

El multilateralismo y la búsqueda de la paz son muy similares: ambos tienen la capacidad de generar prosperidad, pero pueden fracasar por el miedo. Debemos mirar más allá de los beneficios políticos de corto plazo generados por el nacionalismo y el proteccionismo, como Colombia tiene el deber de alcanzar una solución pacífica para su conflicto interno.

Es necesaria una visión pragmática que incorpore las opiniones de quienes desean introducir ajustes en el Acuerdo de Paz. Nos ayudará a consolidar una nueva nación más segura, más próspera, más justa, más equitativa y mejor capacitada. Hace dos días, los jóvenes inundaron las calles y transmitieron un mensaje muy claro: Quieren la paz; quieren que los líderes políticos dejen de lado sus diferencias y trabajen juntos para llegar pronto a un acuerdo, antes de que la oportunidad de paz se desvanezca.

Nuestros objetivos son el crecimiento inclusivo, el aumento del comercio y una mayor cooperación. Pero nuestras herramientas solo funcionarán si logramos compensar a los más vulnerables, condenados a perder. De lo contrario, se convertirán en pasto para los defensores del aislamiento.

Estoy convencido de que podemos derrotar a la política del miedo, pero debemos defender la integración con pasión, honestidad, coraje y determinación. En palabras de esta mañana del Comité del Nobel, todos deberíamos tener “la fuerza para llevar a cabo con éxito tan ardua tarea”. Es una batalla que no podemos permitirnos perder —nos arriesgamos a malograr los principales motores de progreso y dejar atrás a quienes más requieren de nuestra ayuda.

Gracias por su compromiso con la construcción de un mundo en el que las decisiones se basan en los principios encarnados por estas instituciones.